

Hierro, litio, oxido, wolframio, las cuatro únicas palabras que fue capaz de pronunciar mi hermano menor en todos los años de su vida. Hierro, litio, oxido, wolframio, así de carrerilla. Como si fuesen un conjuro, una oración, o una plegaria. Como si fuesen un mantra. No sé. Me cuesta pensar en ello. En mi hermano, en su vida, en esas cuatro palabras que la resumen como si fuesen un epitafio. Algo del tipo: vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver. Mi hermano vivió deprisa y murió joven, pero no dejó un bonito cadáver. No lo hubiera podido dejar aunque hubiera querido. Nació como nació; deforme, contrahecho. Como un animal atrapado en la jaula de un cuerpo que no le correspondía. Si hubiera creído en Dios hubiera dejado de creer en él. De existir, Dios no podría ser tan cruel. Yo dejé de creer en él. Mi madre no lo hizo, no dejó de creer en Dios, aunque estuvo a punto de arrojar la toalla de la fe. Se aferró a Dios como a una tabla de salvación a pesar de saber que no había salvación posible. Ninguna escapatoria. Ninguna solución. Se aferró a Dios como a un clavo ardiendo. Ella esperaba el milagro. Esperar el milagro, qué estupidez. La fe mueve montañas, decía. La fe solo mueve donativos o malas conciencias, pensaba yo. La fe está íntimamente ligada a la culpa. Yo era diez años mayor que mi hermano. Yo debía haber sido el hijo único de matrimonio sin amor, pero incluso los buenos chistes parecen malos dependiendo de quién los cuente. El matrimonio de mis padres era un mal chiste aunque lo hubiese contado el mejor de los humoristas. Yo vivía dentro de un chiste malo. O sea, yo malvivía dentro de un chiste sin ninguna gracia. Un matrimonio sin amor es un chiste malo que se alarga. Una historia mínima contada por un idiota arrogante. El nacimiento de mi hermano convirtió el chiste malo en un infierno. Es difícil vivir en el infierno si no eres un cabrón. Eso se aprende pronto. A ser un cabrón y a vivir en el infierno. En el infierno, en cualquier infierno, hay que nadar y guardar la ropa y aprender a parar los golpes y si es posible a devolverlos. Aprendí a parar los golpes. Los de mi padre y los de mi madre. Y lo de la vida en general. Aprender a devolverlos fue más complicado. Ella bebía a escondidas y él le pegaba sin piedad. Quizás lo recuerde al revés. Ella bebía sin piedad y él le pegaba a escondidas. La eterna pregunta es ¿qué fue antes la bebida o los golpes? ¿Bebía mi madre porque era desgraciada y mi padre la maltrataba? ¿Le pegaba mi padre porque ella bebía a escondidas para mitigar su desgracia y su desilusión? El orden de los factores no altera el producto. Puede que no hubiera causa y efecto, que la afición de mi madre por la bebida y la de mi padre por arrearle hostias hasta en el carné de identidad se produjesen en paralelo, sin relación alguna. Puede que fuesen dos formas de sobrellevar una vida caótica, anodina, y poco satisfactoria. Puede. Todo puede ser. No pondría la mano en el fuego. Y allí en mitad de aquella batalla campal estaba yo hasta que nació mi hermano y se produjo el cataclismo. No lo dudes, si algo va mal siempre puede ir a peor. A mucho peo que es una expresión absurda, pero significativa. Eso también se aprende pronto cuando eres pobre e iluso y tienes esperanza. No esperaríamos nada de ella. Nada. Hierro, litio, oxido, wolframio. Cuatro palabras. Solo cuatro palabras. Como los cuatro puntos cardinales de una existencia absurda. Al de mi hermano, al de mis padres, la mía. Él le pegaba a escondidas, ella bebía sin piedad y ambos aprovechaban para desahogarse conmigo. Yo era el saco de entrenamiento de los dos. Y ambos se entrenaban con contundencia y ferocidad. La frustración es un acto reflejo. Un golpe es un acto reflejo.

La vida es un acto reflejo cuando no has perdido la esperanza. A la mierda la maldita esperanza. Vivíamos en un infierno dentro del infierno. Vivíamos en las afueras, en un barrio marginal; uno de esos barrios del extrarradio que existen en las afueras de todas de todas las grandes ciudades y que se denominan despectivamente las mil viviendas, las dos mil viviendas, las tres mil viviendas. Estercoleros humanos. Cementerios con nichos de setenta metros cuadrados para muertos vivientes o para desahuciados, condenados a pagar una hipoteca desmesurada en cuarenta cómodos años o más. Desahuciados con esperanza que son los peores desahuciados posibles. Eso es lo que nos venden la sociedad de consumo, los políticos y la Iglesia; la esperanza. La maldita esperanza. Es la única manera de soportar vivir en el infierno; en un infierno dentro del infierno. Nos venden la esperanza de un cielo, de un paraíso, aunque sea post mortem. La posibilidad de conseguir un trabajo mejor, de ganar más dinero, de tener casa más grande, o el último modelo de un coche que no podemos permitirnos el lujo de pagar, o de encontrar una chica más guapa o más agradable; la madre perfecta de nuestros hijos perfectos. El hombre es un ser con anhelos que nunca terminan de colmarse. Siempre deseamos estar en otra parte. El anhelo, la esperanza. Yo deseaba estar en otra parte. Sobre todo desde que nació mi hermano y la casa se llenó de llantos y lágrimas y gritos y babas y orines y mierda. El infierno al cuadrado. O al cubo. Los golpes y el alcohol eran anteriores. Anteriores la Hierro, al litio, al oxido y al wolframio. Los golpes y el alcohol eran el pan mío de cada día. Me había acostumbrado, como se acostumbra uno a todo. Incluso a la desesperación. Yo no perdía la esperanza de que se matasen a golpes antes de que me matasen a mí. Confiaba en el poder de la fantasía, en la literatura. Intentaba escapar leyendo. La literatura es el opio de los condenados al fracaso. El fracaso es un piso de setenta metros cuadrados sin ascensor en las afueras de una ciudad, no demasiado lejos de las vías del tren y los vertederos donde arrojan los despojos de la sociedad de consumo. El fracaso es una madre completamente ebria y un padre ajeno y enajenado que perpetúa su frustración a golpes y un hermano que solo sabe pronunciar cuatro palabras. Cuatro únicas palabras: hierro, litio, oxido, wolframio. El infierno es un piso sin ascensor para el cadalso. En el piso el tiempo era como un reloj parado. Fuera la hora que fuera era la misma hora siempre. La hora del horror. Me gusta escribir, si escribiese un cuento sobre el tema lo titularía "La hora del horror". Una hora eterna. La mala hora eterna. Escapaba leyendo o yendo al colegio. Iba a un colegio de curas. Un colegio de curas de los de antes. Para pobres, para fracasados con esperanza. No como los de ahora que son para familias bien con posibles. Enseñanza concertada, lo llaman. Eran otros tiempos; los días del pasado. Otra época. Sobreviví, pero a qué precio. Rezábamos las oraciones de la mañana y las de la tarde en el patio del colegio. Fuera primavera o invierno. Con sol o con lluvia. En Semana Santa, los viernes había vía crucis. Y las cuarenta horas y el mes de María y la Biblia en pasta. Nos educaban para tener esperanza, para soportar una vida de lágrimas y calamidades en este valle de lágrimas y calamidades. Nos aborregaban para que nos sintiésemos culpables de nuestros actos y de nuestros pensamientos; de nuestros sucios pensamientos. Nos anunciaban el infierno, pero ellos no sabían que yo ya vivía en el infierno. Un infierno doméstico y etílico. Un infierno al cuadrado o al cubo. Yo quería ser bueno, un buen chico para alcanzar el cielo. Escapar de un infierno para caer en otro y además eterno, no entraba en mis planes. Mis planes. Mis planes que se complicaron cuando mi madre se quedó embarazada de mi hermano y el mal humor de mi padre fue de mal en peor, porque todo puede ir de mal en peor. Todo. Incluso la desesperanza. Mi madre carecía de estudios superiores, apenas temino los estudios básicos, y antes de casarse con mi padre había sido cajera en un supermercado y después de casarse siguió siendo cajera de supermercado hasta que se

quedó embarazada de mí y la despidieron y comenzó a beber porque no soportaba que la hubieran despedido o porque no soportaba estar embarazada de un hombre al que ya no amaba, o al que no había amado nunca y con el que se había casado, quizás para escapar del dominio de su madre opresora y de una casa con siete hermanos. Intentó escapar del fuego y cayó en la satén. O es al revés. Ella lo repetía a menudo, pero yo no le prestaba demasiada atención. Para qué. Ella era una mujer sin importancia y sin estudios. Era mi madre, pero era una mujer sin importancia. Un cero a la izquierda, en palabras de mi padre. Los escuchaba discutir y escupirse improperios e insultos. Eran mis padres, pero eran unos desconocidos con los cuales no tenía nada en común a excepción de compartir el mismo infierno. Porque el infierno son los otros. Los que reflejan nuestro infierno. Los que nos acompañan mientras nos dirigimos al abismo. La vida es esto. Los pequeños detalles nos llevan al desastre. Las malas elecciones nos llevan al desastre. El no saber decir que no a tiempo o el decir sí demasiado a menudo nos llevan al desastre. No me pregunten. Carezco de respuesta. Entonces tampoco la tenía. Era un niño de diez años asustado con más responsabilidades de las que podía soportar. Siempre he comprendido esa frase de los suicidas que afirman que la vida se les hace insoportable. A mí, con diez años también. Y entonces llegó él con sus ojos sin vida y su cuerpo deforme y su llanto que llenaba las noches y los días y las paredes del piso y los pasillos. Nadie tuvo la culpa. Mi madre creía en Dios para echarle la culpa. Mi padre no creía en nadie y yo pensaba de había cometido algún acto atroz que debía purgar en aquel infierno de muebles baratos, habitaciones con vistas al patio interior y olor a mugre y comida en descomposición. Mi madre aún se permitía el lujo de escaparse al bar de la esquina. Mi padre se excusaba en su exceso de trabajo para volver tarde o no volver. Yo no sabía qué era peor, si que volviese o no. Los golpes o el abandono. La indiferencia o el dolor. Y allí estábamos el otro y yo. Siempre le llamaba el otro. Me negaba a pronunciar su nombre. Porque si le nombraba adquiriría una nueva dimensión, una dimensión que yo no deseaba que adquiriera. Le humanizaba. Y él no era humano. El otro era un saco de huesos rotos, un quejido perpetuo, una anomalía de la naturaleza que nos había tocado en suerte por nuestros muchos pecados. Por los de mis padres y por los míos. Porque mi madre bebía en demasía o porque mi padre le pegaba a menudo. O quizás al revés, porque mi madre bebía a menudo y mi padre le pegaba en demasía. Porque yo me culpaba de todo. El sentido de la culpa me lo habían inculcado en aquel colegio de curas donde se rezaba a todas horas del día todos los días del año. Era culpable ser de culpable. Era culpable por el simple hecho de existir. Quería escapar. No como mi madre al bar de la esquina. No como mi padre estando sin estar. No, yo aspiraba a escapar como Holden Caulfield el protagonista de la novela que Salinger. La escondía en mi cuarto, entre el colchón y el somier. La había robado de la biblioteca pública en un descuido. Quería escapar porque sentía que la vida me debía algo, pero estaba atrapado entre la culpa y ese ser monstruoso que cuando no lloraba solo sabía repetir con voz monocorde: hierro, litio, oxido, wolframio. Antes de esas palabras no había pronunciado ninguna otra. Después de esas, tampoco volvió a pronunciar ninguna más. Ignoro cómo las aprendió. No fue una a una. Eso lo puedo asegurar. Fue de golpe, como si se hubiese producido un milagro o algo así. Como si hubiese tenido un segundo de lucidez y en ese segundo de lucidez hubiese aprendido esas cuatro palabras que eran como los puntos cardinales de una realidad absurda. La suya, la mía. La vida se me antojaba absurda e irreal. Un mal pensamiento de un dios en decadencia. Los días se sucedían como se suceden los peldaños de una escalera. Se arrastraban como se arrastran los animales inmundos. Yo deseaba ser malo porque vivía en el infierno y llevaba una mala vida, pero uno no es la que desea ser sino lo que la vida le deja ser a uno. Yo deseaba ser como Claus y Lucas los hermanos

protagonistas de El gran cuaderno. La maldad en estado puro. Y sin embargo solo era un niño de diez años asustado y miedoso que no se atrevía a dar un paso en falso por temor a perder lo poco que poseía. Por las tardes, al salir del colegio volvía corriendo a casa y me quedaba con el Otro. Mamá me esperaba al borde de la desesperación para bajar al bar de la esquina. Se pasaba allí las horas muertas. A veces se marchaba con alguien y volvía a medianoche. Si mi padre volvía antes se producía una batalla campal. El intercambio de insultos y golpes era brutal. Había que apartarse a un lado. Los dos habían aprendido a defenderse con sus armas y a odiarse con la misma saña y encono. Yo estaba en medio como los jueves o la nariz en la cara. Molestaba y al mismo tiempo era una tabla de salvación. Me hice cargo del otro cuando mi madre y mi padre decidieron abandonarlo a su suerte. Su suerte fui yo. Excepto por las cuatro palabras que pronunciaba caprichosamente, nada indicaba que el cerebro del otro tuviese más vida que una piedra o un vegetal. Yo mantenía las distancias. Lo procuraba. Comprendía aquella historia acabar mal, antes o después. Yo sería un daño colateral. Mi madre seguía viviendo y bebiendo como si ambas acciones fuesen la misma. Mi padre no quería saber nada de aquel “engendro del diablo” como solía llamar al otro y yo le dedicaba cada vez más tiempo. Le cambiaba cuando defecaba o se orinaba encima, le daba de comer, le contaba historias y le sacaba a pasear por las tardes. No íbamos demasiado lejos. Al parque raquíutico de detrás de la iglesia o a ver pasar los trenes. Al otro le gustaba ver pasar los trenes. A mí también. Deduzco que por motivos diferentes. Yo soñaba en subirme en uno de ellos y huir. ¿Se puede escapar del infierno en tren? Ésa era la pregunta que me hacía entonces. Cumplía años como quien cumple una condena. O una maldición. El otro también cumplía años y nada parecía cambiar. Nuestro destino estaba escrito y sellado con el lacre de la sangre. Éramos hermanos de sangre. Mi padre venía cada vez menos por el piso. Se había buscado otra mujer a la que putear; una cajera de supermercado a la que golpear y humillar siete días a la semana, cuatro semanas al mes, doce meses al año. Aunque parezca increíble existen mujeres así. Aceptan a cabrones como mi padre por no estar solas. A mi padre, cuando más lejos mejor. Nadie parecía echarle de menos. Una vez a la semana dejaba un sobre con dinero en la mesa del comedor y desaparecía hasta la semana siguiente. Yo procuraba estar atento, porque de lo contrario mi madre agarraba el sobre de la mesa y desaparecía con él y al otro y a mí no nos quedaba más remedio que buscarnos la vida para comer. Mi madre se gastaba la mayor parte del dinero en beber. No era mala mujer, solo que era alcohólica sin remedio. Bebía concienzuda, uniforme y prolongadamente. Era una mujer terca y constante. Yo la perdonaba siempre; siempre que podía. Esto no sucedía a menudo. Y a menudo sucedía que me sentía mal. Me sentía mal porque sentía que el otro era responsabilidad mía. Como si yo hubiese tenido la culpa de que hubiese nacido así: deforme, contrahecho. Como si le hubiese fallado a alguien. Como si la culpa no fuese del alcohol o de las palizas o de nuestros pecados. Con papá lejos mamá debería haber mejorado, pasar más tiempo sobria, atendernos cómo era debido, como nos merecíamos; pero no. Si antes bebía porque él estaba en casa y la maltrataba de palabra y de obra, después siguió bebiendo porque él la había abandonado por otra y eso era una humillación mayor que la de seguir soportando los golpes. Era una mujer sin un hombre. Envejecería sola, moriría sola. Nos reprochaba a todas horas que nosotros teníamos la culpa de que el otro fuese un pobre tarado que apenas sabía pronunciar cuatro palabras cuyo significado ni siquiera comprendía: hierro, litio, óxido, wolframio. Con papá ausente y mamá sumida en sus sueños etílicos yo hacía lo que podía que era más de lo que podía hacer. Me gustaba estudiar, pero en el colegio iba mal. Apenas me quedaba tiempo después de buscarme la vida para alimentar al otro, asearlo, pasearlo y recoger los restos ebrios de mi

madre del bar de la esquina. El piso era una pocilga a pesar de mis intentos por mantenerlo mínimamente limpio y en orden. Sentía que me hundía y que era culpa mía. La culpa, que palabra tan dolorosa. Para mantenerme a flote debía desprenderme del lastre que me empujaba hacia el fondo de aquel pozo sin fondo. Ignoro en qué momento comprendí que era una cuestión de supervivencia, de simple supervivencia. Se trataba del otro o de mí. Estaba claro quién llevaba las de perder. De verdad, yo quería ser como Holden Caulfield, quería escapar, pero mientras el otro siguiese arrastrándose por los cuartos y pasillos del piso yo carecería de futuro. Me convencí de ello en las largas tardes de invierno que pasamos juntos en aquella depresiva pocilga sin ventilación que olía vómitos y a pis agrio, a comida podrida y a sueños caducados. Los sueños caducados son el privilegio de los perdedores. Yo no deseaba ser un perdedor, pero me sentía así, como el perdedor de turno de una historia contada por un idiota repleto de rabia e ira. A nadie le gusta ser un perdedor aunque la historia la cuente un idiota iracundo y rabioso. Por eso leía todo cuanto caía en mis manos. Para escapar de mi ira y de mi rabia porque la historia era la mía y el que la contaba, el único que tenía derecho a contarla era yo. Me la contaba muchas veces y siempre de manera distinta. Era una historia triste y sin final. Unas veces mi madre era la víctima y otras el verdugo. Otras veces era mi padre quien representaba alternativamente ambos papeles. El otro y yo éramos efectos colaterales de una relación conyugal sin solución. Me daba pena a mí mismo e intentaba dar pena a los demás. Dar pena no es la mejor manera de dejar de ser un perdedor. Dar pena es la mejor manera de fracasar dos veces. O las que hagan falta. Mi vida iba de mal en peor. Estaba obligado a cuidar del otro y de mi madre que cada vez desvariaba más. Veía monstruos mientras yo veía miseria y agravios. Un día en el colegio nos obligaron a leer "Adiós, Cordera" de Clarín. El principio me cautivó. "Eran tres..." Siempre he querido escribir un cuento que comenzase así. En aquel cuento encontré la solución a todos mis problemas. La imagen del tren llevándose al hermano a la guerra, a la pobre e inocente Cordera al matadero, prendió en mí como el fuego en una zarza. Era una imagen perturbadora. Yo era la hermana que se quedaba atrapada en el prado, solitaria y sin futuro. Comencé a pasear al otro cerca de la estación de tren y de las vías. Cada día más cerca. En ocasiones el otro acercaba la cabeza a una de las vías y la colocaba encima, tal y como hacían los hermanos del cuento con el poste de telégrafos. Ignoro que sonidos escucharía en aquella postura, qué mensaje le retransmitirían las vías. Ocasiones había en que me olvidaba de él abstraído en la lectura de algún relato y cuando levantaba la vista de las páginas del libro seguía recostado con la cabeza apoyada en el raíl de la vía. El otro no era muy perspicaz. No me costó mucho convencerlo para que tomase un jarabe para la tos que producía somnolencia. Mamá lo tomaba y afirmaba que le daba sueño. Se quedó dormido con la cabeza apoyada en el raíl mientras pasaba el tren de las siete, empezaba a oscurecer y el conductor apenas distinguió un pequeño bulto. Yo afirmé hasta quedarme sin voz y sin lágrimas que el otro se me había escapado y que anduve buscándolo por todo el barrio. Muchos vecinos confirmaron mi versión de los hechos. Algunos, incluso se acordaban que el pobre niño tarado solo pronunciaba cuatro palabras: hierro, litio, óxido, wolframio. Aquellas palabras eran casi premonitorias. Parecían condenarlo a aquella muerte terrible y desoladora. Por supuesto mi madre me culpó a mí, pero yo ya estaba condenado antes de que me culpara. Ella siguió bebiendo hasta matarse, yo seguí cuidándola hasta que se murió. Luego me fui a vivir con mi padre. Acabé los estudios, encontré un trabajo, seguí leyendo para llenar el absurdo de las horas y los días vacío y comencé a escribir para llenar el vacío de las horas y el absurdo de los días. No me he casado porque no existen las parejas perfectas y porque algunas estirpes estamos condenadas a la

soledad y a extinguirnos para no dejar más huella que la que produce el movimiento de las alas de una mariposa en una tarde de primavera. He vivido todos estos años con la culpa y nunca he sabido cómo contar esta historia, a pesar de habérmela contado a mí mismo innumerables veces y de mil maneras diversas y diferentes. Nunca he sabido cómo acabarla, pero unos días atrás mientras leía un relato corto y triste de Banana Yoshimoto, encontré el final que le correspondía y, entonces, supe que debía escribirla y cómo y cuál sería su final, porque como afirma la autora japonesa: a veces pienso que quizá las criaturas demasiado puras tienen una vida corta, como un hermoso gato de un blanco inmaculado o un ave de plumas casi transparente. Hasta entonces no había pensado en el otro, en mi hermano, como un ser puro, y en mí como el villano de la historia.

LEMA. EL OTRO